

# LAS BANDAS Y LOS ORFEONES MUNICIPALES

P O R

*Pedro Humberto Allende*

**A** las autoridades edilicias de todos los tiempos y de todos los pueblos civilizados, les ha preocupado intensamente la organización de agrupaciones musicales, tanto de carácter instrumental como vocal.

Ya en la antigua Grecia no se celebraba ningún acto más o menos notable de la existencia urbana o rural, que no fuese acompañado de un elemento musical. Las bandas de flautines ordenaban la cadencia de los remeros y los movimientos de los gimnastas. Ninguna ceremonia religiosa (sacrificios, procesiones, plegarias colectivas, etc.) podía prescindir de los cantantes o instrumentistas. Los concursos musicales organizados al amparo de las grandes solemnidades religiosas, especialmente los que revestían un carácter panhelénico, atraían inmensas muchedumbres. Y a las fiestas religiosas se agregaban las representaciones drámaticas y las grandes ejecuciones corales.

El atletismo tenía su repercusión sobre la música: la vuelta a su patria de un atleta vencedor servía de pretexto para un festival coral.

Poco a poco, los conciertos se hicieron tan numerosos, que fué necesario consagrarles edificios especiales: Atenas poseyó dos Odeones, uno construído por Pericles y el otro se debió a la munificencia de Herodes Aticus.

Tal florecimiento artístico supone un público advertido y una educación musical bastante esparcida. Y, en efecto, si el arte del dibujo no figuró en los programas de la enseñanza nacional, sino como una aparición tardía y tímida, al contrario, la música, desde el principio, fué su parte integrante.

Ya los héroes de Homero sabían cantar sus proezas acompañándose de la forninje.

En el país dorio, la enseñanza musical, como todas las ramas de la enseñanza, fué estrictamente sometida a las leyes. El aprendizaje del canto constituía, en Creta como en Lacedemonia, a la vez que un deber, un privilegio de las clases dirigentes.

El florecimiento del género coral del siglo V, supone un notable desarrollo de la cultura musical en la burguesía de las ciudades dorias, jónicas y beocias, ya que las grandes composiciones líricas eran cantadas y danzadas, no por artistas profesionales, sino por hijas de familias, instruídas para la circunstancia por un maestro de coros y, a menudo, por el mismo compositor.

Los concursos musicales eran números obligados de la mayor parte de las grandes fiestas nacionales o panhelénicas. Los más antiguos y los más célebres de la época clásica fueron los Carneias de Lacedemonia, los Pitios de Delfos y los Panateneas de Atenas.

---

En la época helénica y romana, el número de estos concursos era enorme y pagados u ofrecidos gratuitamente al pueblo por la ciudad o por un generoso Mecenas. Los premios discernidos en los concursos podían ser honoríficos o en dinero. Durante los dos primeros siglos del Imperio Romano, estas fiestas subsistieron aún. Pero donde las asociaciones corales tuvieron su importancia máxima fué en Alemania, entre los siglos XIV y XVI, con los Meistersänger o maestros cantores, nombre que se les daba a los poetas y cantantes pertenecientes a la clase obrera. Los maestros cantores formaban en las diversas ciudades alemanas, asociaciones regidas por estatutos muy estrictos y divididos en muchas clases, a la manera de las cofradías, comprendiendo aprendices, cantores poetas y maestros.

Se mencionan entre los más célebres maestros cantores a Behain, Rosenbüt, Folz y principalmente a Hans Sachs, a quien sus conciudadanos le han erigido un monumento y Wagner lo inmortalizó, haciéndolo protagonista de su célebre ópera «Los Maestros Cantores».

En Alemania no se ha perdido la tradición de los maestros cantores; por el contrario, sus sociedades corales no sólo se multiplican en aquel país sino que en cualquier parte del mundo que exista una colonia germánica, por pequeña que sea, cuenta con su conjunto coral y, en muchas ocasiones, con una buena banda de músicos, como acontece, por ejemplo, en las provincias del Sur de Chile.

Otro país que ha comprendido la importancia de estas instituciones es España, y la fundación de sus sociedades corales se le debe a un modesto tornero, José Anselmo Clavé, que al mismo tiempo fué un fecundo poeta y compositor. Clavé es popularísimo por los beneficios morales que con el arte ha producido a las clases obreras y como cantor infatigable de las costumbres patrias. Como Hans Sachs en Alemania, este obrero-artista cuenta también con un monumento en Barcelona, su ciudad natal.

Uno de sus biógrafos nos dice que, como en su alma latía la inspiración, se robusteció con los cantos populares, se desbordó inagotable convirtiéndose en ardoroso trovador de las montañas, de las playas, de las fiestas, de las bellezas, de las tradiciones y de las glorias catalanas. Con los cantos del pueblo se forjaron sus primeras fantasías y, transformadas por su genio para el pueblo, creó centuplicadas las melodiosas coplas, las bullidoras danzas y las bélicas notas de sus himnos. Enriqueció el tesoro coral de su país con 161 composiciones.

Y aún queremos recordar a Checoeslovaquia, país que ha comprendido la importancia de las instituciones corales y cuya capital, Praga, fué elegida por la Sociedad de las Naciones para celebrar el primer Congreso de Artes Populares, al que tuvimos el honor de concurrir en representación de Chile. En aquel pequeño país hay sociedades de obreros que cuentan con más de cuarenta mil asociados, de cuya competencia y disciplina pudimos dar testimonio los delegados del Congreso en magníficos conciertos que les oímos.

Es inútil insistir en los beneficios de orden social y moral que

---

reportan estas instituciones; bastará citar aquella reveladora estadística de las cárceles de los Estados Unidos, de hace pocos años, que entre los penados pertenecientes a todas las profesiones no se registraba ni un solo criminal que profesara la música.

Es sin duda el arte que más refina los sentimientos, porque, una vez que se empieza a practicar, apasiona de tal modo que, instintivamente, se le dedican todos los momentos que dejan libres las labores cotidianas.

La sociedades corales tienen la ventaja sobre las deportivas que las inclemencias climatéricas no son un obstáculo para que se efectúen sus reuniones.

Si cada Municipio se preocupara de crear sólo una sociedad coral, reemplazaría con creces la labor de la Liga Contra el Alcoholismo. Un excelente colaborador sería el maestro de escuela de la localidad que contara con mayores aptitudes para el arte. Una vez establecido el Orfeón, para completar su obra en este sentido, vendría, en seguida, la creación de la banda de músicos.

Como el Gobierno ha tenido la feliz idea de editar o comprar la ediciones de coros compuestos en el país, bastaría que a medida que los Municipios organizaran sus orfeones, se dirigieran a la Dirección del Conservatorio Nacional de Música solicitando el material que necesiten.

Para realizar esta obra, que no sólo es de cultura artística sino de regeneración moral, nuestros alcaldes no precisan dinero; local para reunir a los obreros lo tienen en el edificio de la Alcaldía, la verdadera casa del pueblo; la música para coros, como ya lo dijimos, se puede conseguir en el Conservatorio Nacional de Música, solicitando el material que necesiten.

Y después, cuando llegue el momento de organizar las bandas, principalmente en aquellos pueblos que no tienen regimiento, se recurriría a beneficios para comprar el instrumental o bien a la colecta pública. Nadie, estamos seguros, dejaría de contribuir para una obra de adelanto y de cultura.

Nos sentiríamos halagados si las autoridades edilicias de la República tomaran en cuenta, para llevarlas a la práctica, nuestras ideas.